

Mabel Moraña y Horacio Machín (editores). "Marcha" y América Latina. Pittsburgh: Biblioteca de América. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003.

Desde la caricatura hasta la crítica cinematográfica, desde la Revolución Cubana hasta la política europea, *Marcha* publicó semanalmente, entre 1939 y 1974, una serie nutrida de artículos que abarcaron una multiplicidad de temas y que penetraron en las distintas esferas de la política y de la cultura, influyendo fuertemente la opinión internacional. Es por eso que acercarse al semanario desde una perspectiva actual implica adentrarse en las disciplinas más diversas.

En "*Marcha*" y *América Latina*, Mabel Moraña y Horacio Machín nuclean a un grupo de colaboradores que, desde diferentes lugares y puntos de vista, ofrecen una entrada posible. Como su objeto de estudio, el libro se sostiene sobre la pluridisciplinariedad. La política, la economía, la historia, la literatura y la experiencia autobiográfica son algunos de los canales esbozados en este volumen para acceder a las complejas páginas del semanario. Lejos de exigir una lectura lineal, el libro permite que el lector imponga su orden. Acepta desde un recorrido completo hasta la búsqueda de un dato concreto.

A pesar de su heterogeneidad, los artículos giran en torno a un eje que, no sólo da nombre al volumen, sino que también funciona como hilo conductor: el latinoamericanismo. Aunque se divide en cuatro secciones ("La política en *Marcha*", "*Marcha* y América Latina", "Estudios literarios y campo cultural" y "Otras cartografías"), la segunda bastaría para articular los textos en su totalidad.

Desde sus páginas, *Marcha* se insertó en una serie de debates que buscaron deslindar la relación entre la política, la cultura y la historia en el resto del continente. Como señala Mabel Moraña en la "Introducción": "Dentro de los grandes diseños glo-

bales, *Marcha* trató de definir el espacio de lo local, interpretar las historias que cuentan las peripecias de la cotidianidad y figurar un *modo de ser* y *de estar* en América Latina donde la dignidad y la independencia ocuparan un lugar prioritario." (13)

En el primero de los textos, "*Marcha* en el contexto político-económico internacional del siglo XX", Carmen de Sierra sienta las líneas que se retoman incansablemente en casi todos los artículos. A partir de una aproximación al entorno político e histórico, la autora realiza un análisis del modo en el que el semanario contribuyó a pensar tanto América Latina como la cultura nacional, desde la polémica entre Arturo Ardao y Aldo Solari hasta los debates sobre el tercerismo y las discusiones entre Ardao y Carlos Real de Azúa.

En un momento en el que el cruce entre la crisis del nacionalismo y los efectos de la globalización sobre el continente ponen en primer plano la necesidad de problematizar lo latinoamericano, un acercamiento al semanario desde este punto de vista se vuelve indispensable. Los artículos contribuyen, así, a repensar un campo que está siendo constantemente cuestionado: el de los estudios culturales latinoamericanos.

¿Es el latinoamericanismo un producto de la representación del continente bajo la mirada de las grandes potencias o surge desde América Latina como un modo de articular una identidad política y cultural? La mayoría de los estudios del volumen señala el surgimiento del latinoamericanismo como reacción frente a la voluntad expansionista de los Estados Unidos y como respuesta ante el panamericanismo. Es por eso que los debates parecen agudizarse durante la Guerra Fría. El propio Ardao realiza esta filiación: "De ahí que sea legítimo hablar (...) de la condición antiimperialista que desde sus orígenes, a mediados del siglo pasado, ostentó desde siempre el latinoamericanismo" (171). El autor señala, además, los aspectos concretos del latinoamericanismo de

Carlos Quijano, fundador del semanario, y los sitúa en la línea de pensamiento de Torres Caicedo y de Rodó. Quijano propuso, según Ardao, un latinoamericanismo de proyección continental enraizado en una visión fuertemente económica. Sostenido por una metodología científica y construido a partir de una voluntad antiimperialista, el latinoamericanismo de Quijano surgió como un sistema con un núcleo esencialmente económico, pero con un alcance político, social y cultural más vasto.

Evidentemente, las discusiones sobre América Latina otorgan a *Marcha* una dimensión más amplia, que le permitió proyectarse a nivel continental y que la colocó en la línea de ideas, teorías y prácticas culturales que llegan hasta nuestros días. Abril Trigo advierte esta dimensión cuando, en su artículo, sitúa el semanario como un precursor de los estudios culturales latinoamericanos. En lugar de seguir líneas impuestas, los ensayos proponen revisar la genealogía de los estudios culturales sobre Latinoamérica desde Latinoamérica.

Hiber Conteris se detiene en la posición que tomó el semanario frente a los totalitarismos en el resto de los países de América Latina y que funcionó de punto de partida para el despertar de una conciencia continental. Luisa Peirano Basso rastrea el amplio espectro de temas latinoamericanos que abarcaron los *Cuadernos de Marcha* en la década de los sesenta, desde el papel de la Iglesia hasta el número en homenaje al centenario del *Martín Fierro*.

Luego de narrar su propia experiencia de lectura, Eduardo Vior establece el vínculo entre la cuestión del latinoamericanismo y el nacionalismo uruguayo. Efectivamente, los debates sobre el latinoamericanismo ayudaron a proyectar Uruguay en el resto del continente y a delinear su espacio político y cultural. El discurso latinoamericanista se convirtió en discurso fundador de la nación, en la medida en la que trazó los límites nacionales y marcó un lugar de inserción en la totalidad

continental. Evidentemente, la publicidad del semanario y el modo en el que, desbordando las fronteras de lo escrito, influyó en las prácticas cotidianas contribuyeron de manera clave a delimitar una comunidad imaginada. María Angélica Petit parece estar de acuerdo con la eficacia de *Marcha* en cuanto al fortalecimiento del proyecto nacional, cuando afirma que las distintas disciplinas que recorrió el semanario fueron: "series para armar el perfil cultural uruguayo." (224)

Este perfil parece completarse con la función que cumplió *Marcha* dentro del campo cultural y literario. El semanario no se agotó en su proyección ideológica y política, sino que se insertó en y contribuyó a delinear una historia de la literatura uruguaya y latinoamericana. Claudia Gilman lo pone de manifiesto claramente en "Batallas de la pluma y la palabra". *Marcha* se articuló con una serie de revistas producidas en otras ciudades latinoamericanas para formar una red que pensó el canon literario y contribuyó a modificarlo: "El mapa de la época que las revistas permiten constituir también se caracteriza por su propia vocación cartográfica: en esos años, los discursos de las revistas inventaron sistemáticamente un objeto, al hablar de él: Latinoamérica, la Patria Grande y su literatura." (284)

El rastreo realizado por Gilman de las observaciones críticas de *Cien años de soledad*, que Angel Rama desplegó en el semanario, arroja luz sobre el proceso de clasicización de uno de los autores que, aún hoy en día, se encuentran en la cúspide del canon latinoamericano. El semanario no sólo ofreció lecturas posibles, sino que marcó líneas de lectura necesarias. No sólo leyó, sino que instruyó acerca de cómo leer. No sólo ocupó un lugar dentro de la historia de la literatura, sino que diseñó un proyecto historiográfico.

El campo literario no se circunscribió desde un comienzo a América Latina, aunque paulatinamente se fue concentrando cada vez más en lo nacional. El texto de Pablo Rocca

indaga en la polémica sostenida por Emir Rodríguez Monegal y Angel Rama, ambos directores en diferentes momentos de las páginas literarias del semanario. El debate no sólo tocó los temas mencionados (latinoamericanismo, relación entre literatura y política, cuestión del canon), sino que puso en primer plano la tensión entre el cosmopolitismo y el nacionalismo, entre lo local y lo universal. Siguiendo los pasos de *Sur*, la decisión de reseñar y traducir textos europeos y norteamericanos fue, a primera vista, literaria, pero también y sobre todo, política.

De ahí que, como afirman Arturo Ardao, Yamandú Acosta y Eduardo Vior en sus respectivos artículos, pueda hablarse de una sola *Marcha*, en la que lo político-social y lo cultural-literario se combinaron y se confundieron. Las constantes que atraviesan el libro (latinoamericanismo, tercerismo, política e historia de la literatura y, en general, políticas culturales) parecen respaldar esta postura. En los textos compilados es imposible separar las dos instancias. Es por eso que la división en secciones resulta puramente metodológica.

En los estudios existe también lugar para los puntos ciegos, esos interrogantes que el semanario dejó abiertos. La imposibilidad de *Marcha* de leer lo popular (Rocca y Remedi) y la ambigüedad respecto del peronismo (Vior) son algunas de las cuestiones que todavía carecen de respuesta, los “flancos más débiles” (452) del semanario. Demarcar estas zonas de conflicto abre la posibilidad de pensar cuestiones tan cruciales como el proceso de recepción y los circuitos de consumo de *Marcha* y como la relación, a la vez cercana y conflictiva, entre la política uruguaya y la argentina.

En un último apéndice, “Testimonios”, se recopilan experiencias y relatos de aquellos que, por diferentes circunstancias, fueron testigos privilegiados del proyecto y de la historia marchistas. Primeros colaboradores, familiares y amigos despliegan sus anécdotas y comparten una visión más inmediata. El diálogo en-

tre Jorge Ruffinelli y Nelson Marra en Madrid, que revive la primera clausura de la revista y la detención de algunos de los colaboradores por publicar el cuento “El guardaespaldas”, aunque se recupera en la sección de estudios, sigue la dinámica de los testimonios y enfatiza la dimensión política y cultural del semanario. Los mecanismos de censura sufridos ponen de relieve su alcance político y social y demuestran su eficacia en la configuración y el impulso de una conciencia latinoamericana.

Ya sea mediante una lectura lineal o mediante la selección de algunos artículos, acercarse al *corpus* de textos que ofrece este volumen ayuda a adentrarse, desde donde se elija, a las páginas de *Marcha* y, de algún modo, comienza a resolver lo que Horacio Machín señala en el “Post scriptum”: “el malestar de los intelectuales con respecto a la vida pública y a la falta de una cultura político-democrática enraizada en las prácticas de la vida cotidiana”. (549) Una aproximación al semanario pone de manifiesto el modo en el que el uso de la ex-centricidad y de la marginalidad puede ser útil a la hora de proponer una agenda política que se sostenga en lo cotidiano.

Verónica Garibotto.
University of Pittsburgh

Friedhelm Schmidt-Welle, Editor. Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana e Ibero-Amerikanisches Institut, 2002. [Nota: ver reseña de Elena Altuna a este mismo libro en el No. 57 de la RCLL]

Luego de varios libros y revistas académicas de homenaje a Antonio Cornejo Polar, considerado el mayor crítico peruano de la segunda mitad del siglo XX, sale el primer libro que tiene como propósito el hacer un balance de sus aportes críticos, teóricos y metodológicos a los estudios lati-